

I

Me gusta pensar que soy un animal en peligro de extinción. Un vestigio ancestral de un mundo que ya no existe. Un último testimonio de una época que ya no va a volver.

Todo sucedió de forma natural y desenvuelta, del mismo modo en el que los acontecimientos más insólitos e inconexos cobran sentido en un sueño, adquiriendo los tintes normales de las acciones rutinarias de la vida diaria. No obstante, tiempo después comprendí que yo ya era un vestigio de un mundo casi extinto antes de adquirir el oficio que me convirtió, a ojos de mis vecinos, en una criatura sumamente extraña, puesto que soy una de las pocas mujeres de mi generación que se había quedado en el pueblo. El recuerdo de un mundo en el que este prolongado éxodo rural que lleva siglos produciéndose aún no existía y el lugar en el que nacías era, de forma casi invariable, el mismo en el que acababas plácidamente tus días.

Todo comenzó el día en que Marinita vino a verme tras la muerte de su padre, Vicente. Estaba ella sola, ninguno de sus hermanos quiso venir, ni siquiera su marido e hijos la acompañaron. En el pueblo no

nos sorprendió a nadie. Vicente se gastó deliberadamente su herencia, hasta el último centavo, para que a sus hijos no les quedara nada cuando él muriera. Compraba regalos para los vecinos y objetos de teletienda ridículamente caros que ni siquiera sacaba de sus cajas. Se llenaba la boca llamándoles desagradecidos, les culpaba de la muerte de su madre, disfrutaba del hecho de encontrarse con un vecino solo para poder despotricar de ellos —aduciendo siempre los mismos y antiguos motivos que ya conocíamos de memoria—, y todo por haberse marchado del pueblo, como si aquel fuera el peor de los crímenes que puede cometer un hijo. Casi todos los chicos de nuestra edad se fueron, y sus padres se ponían tristes, aun esperando la tragedia desde que empezaban su enseñanza secundaria. Se les marchitó la mirada, preparaban demasiada comida en sus ollas de color teja descascarillada, seguían hablando en voz alta como si una parte de su prole siguiera todavía en casa incluso cuando sus cónyuges estaban trabajando, asistiendo a misa o jugando a las cartas en el bar de la plaza. Eso hizo la mujer de Vicente, dejándose llevar por el curso de la naturaleza, por un sentimiento de abandono que se le escapaba del pecho involuntariamente, invadiendo cada recodo de su vida, pero él no. Vicente llenó su vida de cólera, castigó a sus hijos con la ira, creyó necesario decirles que ya no les consideraba como a una extensión de sí mismo, sin entender que aquello era una liberación y no un castigo. Cuando su

mujer murió, Vicente sintió que habría vivido más años si sus hijos no se hubieran marchado. Como si la tristeza atrajera al cáncer o lo fabricase en el interior de un cuerpo, como si su mujer no hubiera sido siempre, en realidad, más fuerte de lo que él pensaba, incluso a pesar de su tristeza. Ella, Matilde, intentó sacarle esa idea de la cabeza durante cada día de su convalecencia. Nosotros también lo hacíamos cuando le veíamos por la calle, en la iglesia los domingos, comprando el pan en la tahona de Cris, pero todo fue en vano. Ignorábamos sus amargos comentarios y él vomitaba nuevos improperios contra sus hijos, tratando de convencernos de que su perpetuo enfado estaba justificado. Cuando Matilde murió Vicente les prohibió asistir al funeral, y les hubiera desheredado si el testamento de su esposa y las leyes no lo hubieran impedido, dejando que la bilis le invadiera con la misma facilidad con la que una infección sanguínea enferma en poco tiempo a todo un cuerpo.

Y después, cuando él fue el muerto, Marinita condujo sola durante tres horas para estar aquí, sintiendo seguramente cómo la tristeza se mezclaba en su interior con una desconcertante frialdad y con el rencor que despertaría en ella el no haber podido ir al entierro de su madre. El resto de sus hermanos no quisieron hacer el esfuerzo, y todos nosotros lo entendimos. Lo que nos preguntábamos era cómo se le había ocurrido a ella venir aquí, lejos de su marido y sus hijos, sola en un lugar al que no había

vuelto desde que se marchó con veinte años, lista para aguantar el sopor del entierro y la angustia de todos los trámites posteriores por un hombre que le dio la vida para después volverle la espalda y llenarse de un odio dedicado, en gran parte, a ella.

Estaba tan cambiada que no la reconocimos, y eso que nuestras madres la vieron nacer y ayudaron a Matilde, con paños calientes y manos dispuestas, a dar a luz a la pequeña de sus hijos, un bebé níveo y redondo con dos enormes ojos grises que el paso de los años tornó azules. Todas nos contaban aquella historia, emocionadas como quien repite una y otra vez un acto heroico llevado a cabo hace años, porque resulta que Marinita había nacido en la peluquería de mi tía abuela, lugar que el cuerpo de Matilde escogió para que aconteciera un parto tan rápido que el médico del dispensario del pueblo vecino no pudo llegar a tiempo, y su única función fue la de cortar el cordón umbilical. Ahora tenía el pelo teñido de un color cobrizo que desentonaba con la tonalidad de nuestros campos porque resultaba artificial y plástico, unas patas de gallo precoces alimentadas seguramente por la luz de la oficina y por su propia maternidad, un cuerpo delgado y recto que se ocultaba tras unos vaqueros sin forma y un jersey de un color neutro para el que aquí no tenemos un nombre, aunque en la tienda de la capital en la que lo compró lo denominarían “crudo” o algo parecido. Ya no quedaba nada de su pelo castaño del color de las avellanas, de su vientre

levemente abultado a causa de comer a cucharadas la capa de nata que se forma en las botellas de leche fresca y de robar con los dedos la miel de los tarros que producían las abejas de su padre, de la piel impoluta como la nieve virgen que se apodera aquí de los caminos cuando llega el invierno.

Todos nos preguntamos qué habría pasado si Marinita se hubiese quedado en el pueblo, cómo habría envejecido, de qué color sería su pelo y de qué estilo sus ropas. A menudo la comparaban conmigo, que me había quedado aquí y que efectivamente estaba menos delgada, con camisas de algodón de colores alegres que me recordaban a las flores de mi madre y sin unas patas de gallo tan evidentes —aunque yo las encontraba ahí cada mañana al mirarme en el espejo del baño tras lavarme la cara—, debido seguramente a que no había en mi vida ni hijos ni luces de oficina que pudieran estropear mi piel antes de tiempo. Los años ya se encargarían de hacerlo en su momento.

A su vez, yo tampoco podía evitar compararme con ella, preguntándome si, de haberme marchado, yo también me habría casado, habría estudiado una carrera universitaria y habría llevado una ortodoncia que corrigiera mis paletos delanteros levemente separados, como hizo Marinita, que había perdido la sonrisa con la que todos aquí la recordábamos, y que se encontraría secretamente orgullosa de ello, de haber conseguido eliminar una de sus imperfecciones. Por una parte, envidiaba su vida, y por otra,

imaginaba que ella, aunque nunca lo reconocería ni ante sí misma, envidiaría la mía, haciendo gala de esa capacidad que tiene el ser humano para anhelar lo que ya nunca podrá tener. Todos los que volvían de la ciudad echaban de menos nuestras charlas en la calle, sentados en sillas de plástico, durante las noches de verano. También el sabor de la leche y los tomates de aquí, que en las ciudades se busca en las tiendas eco cuando lo más sencillo es venir aquí y pedirnoslo: en muchas ocasiones nos sobra tanto que, completamente incapacitados para desperdiciar nada, lo regalamos. Por nuestra parte, las pocas personas de mi generación que nos habíamos quedado les envidiábamos los sueldos y, sobre todo, la cantidad de opciones de las que parecían gozar, como si su universo fuese ilimitado y el nuestro, en cambio, diminuto.

El día del velatorio, cuando la noticia de que Marinita había venido al pueblo ya llevaba horas corriendo de una casa a otra como la pólvora, esta llamó a la puerta de mi casa. No lo hizo utilizando el botón del timbre, sino golpeando la madera con los nudillos, como hacíamos cuando éramos niñas para no despertar a nuestros padres de la siesta y, sobre todo, para que no nos vieran marcharnos a jugar por los prados a la hora a la que podía darnos un golpe de calor a causa del sol. En el pueblo casi todo el mundo lo hacía así, o bien, como en nuestro caso, para no romper la paz del hogar, o bien

porque muchas casas no tenían timbre, sufriendo la resistencia al cambio de sus tradicionales dueños.

Aquel pequeño gesto me conmovió.

—Hola, Teresa —dijo, algo pudorosa, seguramente sorprendiéndose de los cambios que el paso del tiempo había operado en mí.

—Marinita.

Nos abrazamos en el umbral. Yo di el primer paso, pero luego ella se aferró a mi cuerpo con fuerza, como si estuviese abrazando su propio pasado, asiéndose a él con urgencia de naufrago.

—Pasa, pasa, lo siento mucho —dije cuando nos separamos.

Aquí todos sabemos que podemos pasar a casa de los otros sin problemas, pero los que vuelven de la ciudad siempre se quedan fuera, dudando, preguntándose si todo sigue igual aquí o si, mientras no estaban, nuestras costumbres han cambiado. A veces olvidan que aquí las palabras “vecino” y “desconocido” siguen siendo incompatibles, aunque eso haya cambiado incluso en muchos de los pueblos aledaños al nuestro.

—Gracias, gracias. Es extraño, ¿sabes? No estaba enfermo y, de repente... —dijo, como si yo no lo supiera mejor. Como si no viera a su padre una vez por semana, cuando venía a que le recortase la barba con el cuidado especial con el que atiendo a las personas escrupulosas y cuadrículadas como él.

Su mirada era esquiva y nerviosa, vagaba de un lado a otro de la habitación. Puede que se debiera

a la vergüenza que le daba no haber vuelto nunca, ni siquiera para vernos a nosotros, a aquellos del grupo de amigos que nos habíamos quedado —todos entendíamos la ruptura de relaciones con su padre, pero no la que, por añadidura, había tenido lugar entre ella y nosotros—. La mayoría volvían en verano, pero ni ella ni sus hermanos lo hicieron nunca. Matilde iba a verlos a la capital. Tristán, el mayor, venía en coche a buscarla y luego la traía, pero procuraba pasar el menor tiempo posible en el pueblo, como si nuestro aire fuera a asfixiarle si lo respiraba durante demasiado tiempo. Vicente nunca la acompañaba, se quedaba unos días solo, sin apenas salir de casa, como un animal herido que se refugia en su madriguera, sintiendo una dolorosa punzada en el orgullo ante el hecho de que su mujer visitara a los díscolos, a los traidores.

—Lo sé, sé que es muy duro.

—Sentí mucho lo de tus padres.

—Ya —dije, lacónica.

—De verdad.

Asentí en silencio. No le encontraba el sentido a los reproches que empezaban a aflorar en mi mente después de tanto tiempo. Sabía que, seguramente, cuando su padre estuviese enterrado, Marinita pagaría al cura por las misas de rigor y empezaría a hacer las maletas. Permanecería aquí hasta el funeral, pero ya se habría marchado el día que acabaran las misas de novenario. Como Vicente, antes de fallecer, había vendido la casa a Cris para

aumentar la tahona, evitando por todos los medios que sus hijos recibieran algo de él, Marinita ni siquiera tendría que quedarse para las engorrosas tareas de limpieza y orden de las pertenencias de su padre. Nada la retendría aquí.

El hecho de que yo me enfadara con ella o le guardara rencor por no haber vuelto nunca no cambiaría la celeridad de su partida. Ni siquiera Cris, que se había presentado abochornada ante Marinita para decirle que podía pasarse por la casa y llevarse todo lo que quisiera de su interior, había conseguido que se quedara, pues esta última, de modo algo altivo y resentido le había contestado que no necesitaba ninguna de aquellas cosas, y que, si sus hermanos deseaban algo, le escribirían por correo y se ofrecerían a reembolsarle los costes del envío. Cris se había marchado con la cabeza baja, sintiendo vergüenza por poseer un montón de recuerdos personales de una vida finalizada que no le pertenecían, invadida por una injusta culpabilidad que en realidad no tenía por qué sentir. Vicente le había vendido la casa como una venganza a sus hijos, en parte, pero también porque ella había sido su vecina más próxima y, por ende, la que más le había cuidado en momentos de necesidad.

Aquí en el pueblo hay una ley no escrita según la cual nos ocupamos de las personas mayores que viven solas si la casa más próxima es la tuya. Lo hacemos ya de forma natural, como si se tratara de

una ley innata, parte de nuestras funciones vitales básicas.

—Verás, Teresa. Venía a... pedirte un favor.

—Tú dirás, ¿quieres café? —dije, tratando de sonar desenfadada, aunque en realidad su actitud me irritó un poco.

¿Así que por eso venía a verme? ¿Para pedirme algo? Yo había supuesto que, debido a la amistad que nos unía hacía años, el hecho de haber regresado al pueblo la había hecho sentir el deber de venir a ver cómo estaba. Supuse que no habían sido los sentimientos los que la habían movido a ello —si me hubiese echado de menos en algún momento habría intentado verme, al fin y al cabo, siempre ha sabido dónde he estado—, pero al menos imaginaba un fin más noble en sus actos que una simple necesidad que esperaba que yo satisficiera.

—Bueno, vale.

—Pues ven a la cocina.

Entré a la sala sintiendo cómo ella me seguía muy de cerca, como las personas que se encuentran en un lugar nuevo y temen perderse en él si se separan de sus guías, y empecé a moler el café como si no estuviera allí, con el pequeño molinillo rojo de mi abuela. Me reconfortó afanarme en una tarea automática y rutinaria, fingir que estaba sola y que nada había alterado aquella mañana mi estado de ánimo. Tras unos segundos en los que Marinita permaneció de pie, como tratando de decidir qué hacer, finalmente se sentó en una silla que había

en un rincón, y que yo utilizaba para pelar y cortar sobre ella las verduras.

Como yo no hablaba y parecía no notar siquiera su presencia, Marinita se lanzó de nuevo, tan insegura como al principio, al favor que quería pedirme.

Supuso acertadamente que ya no tenía sentido tratar de mantener una conversación banal conmigo.

—Quería pedirte... Quería que vinieras al entierro de papá.

—Ya pensaba ir —contesté, perpleja—. ¿Ya no te acuerdas? Aquí lo hacemos así.

—Pero no, no me refiero a eso. Lo que quiero pedirte es más... especial.

—Dime.

—¿A ti tu abuela te ha contado que, cuando ella era pequeña, había unas mujeres en el pueblo que cobraban por llorar en los entierros?

—Sí, claro, ¿quieres que haga eso en el entierro de tu padre?

Los ojos se me abrieron de forma desmesurada y eché el cuello levemente hacia atrás de modo instintivo, casi como si acabara de recibir una bofetada de la última persona del mundo que esperaba que me agrediese. No terminaba de creerme lo que estaba oyendo y, sin embargo, la incomodidad y seriedad de mi interlocutora hacían evidente que no se trataba de una broma.

—Es que en los funerales de vuestros padres la familia lloraba de verdad. En el mío no la hay y yo no creo que llore, no te voy a mentir. No me va a salir.

—La gente del pueblo que llore también lo hará de verdad —dije, tratando de defenderles de forma instintiva, aunque nadie les hubiese ofendido en realidad.

—Pero no es lo mismo, no es lo mismo que la familia. Mi padre tampoco era muy sociable, no será como cuando tus padres... Bueno, imagino.

—Marinita, es que no sé qué decirte. Yo tampoco soy de tu familia, ¿por qué tiene más sentido para ti que yo haga eso?

—No lo sé, pero te aseguro que me consuela. Quiero que alguien se rompa de dolor; suena extraño, pero lo necesito. No me valen los llantos callados que imagino que habrá, por eso vengo a pedirte lo que te pido. Venga, di que sí. Sé que este año ha sido duro para ti, te vendrá bien el trabajo. Las lluvias y los vientos habrán acabado con tus cerezos...

—Yo no vivo de mis cerezos. Soy la peluquera, y también la barbera.

—Me lo han dicho, sí... Pero no creo que te venga mal este dinero extra. Casi no tienes que hacer nada, además, porque ya ibas a venir al entierro. Solo tienes que ponerte a mi lado y mostrarte devastada. No creo que sea difícil llorar a propósito, ¿no? Igual basta con pensar en cosas tristes. Yo recuerdo que cuando éramos pequeñas y venía el proyector para montar tras la iglesia el cine de verano siempre me decías que querías ser actriz, ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo, pero ya no soy una niña pequeña. Me parece un poco raro esto que me pides, y sigo

sin entenderlo.

—¿Pero por qué?

—Es como prostituir el dolor —dije, sin estar segura de si estaba explicando mis reticencias con la fuerza con la que las sentía.

—Yo creo que a mi padre le hubiera gustado que alguien le llorase de verdad. Yo sé que tú vas a sentirlo de verdad, solo quiero que se note. Por favor. Te lo pido a ti porque creo que... aquí eres lo más parecido que tengo a una amiga.

Estoy segura de que Marinita pudo ver en mis ojos que me estaba ablandado y que me estaba replanteando mi inicial negativa, y por ello reanudé el ritual del café, que había abandonado sin querer debido al asombro para poder mirar a Marinita a los ojos mientras me hablaba. Comencé a echar con precisión milimétrica el agua en la cafetera italiana y el café recién molido después, preocupándome de evitar su mirada. Sin embargo, ella seguía hablando a mis espaldas, ahora con energías renovadas, repitiendo una y otra vez los argumentos que seguramente trajera ya preparados de casa.

—De todas formas, Marinita, es raro que me pagues por eso. No lo sé, es que me resulta violento.

—Quiero hacerlo, de verdad. Déjame pagarte.

“Lo que quieres es purgar tus culpas por no haber vuelto nunca aquí”, pensé, pero no lo dije en alto. Era cierto que el dinero no me venía mal, pues podría hacerme con algunos frutales más, comprar una nevera nueva y arreglar por fin el coche, y también

era un hecho consumado que el funeral sería increíblemente frío, pues Vicente no había despertado un cariño tan profundo en ninguno de nosotros como para que alguien llorase su pérdida a viva voz, pero aun así...

—Marinita, yo siempre soy discreta, incluso cuando muere alguien. Van a saber que es todo falso.

—No me importa lo que piensen los demás, Teresa, lo hago por mí. Quiero escuchar a alguien llorando a mi padre y convencerme a mí misma de que es de verdad. Creo que suena estúpido, pero es lo que quiero hacer. Lo necesito.

El silbido del café saliendo inundó el ambiente, junto con el fino humo que emergía de la cafetera y el olor intenso que llegaba a todos los rincones de la cocina. Ambas permanecemos en silencio. Apagué el fuego, cogí dos tazas viejas del juego de café descascarillado que llevaba medio siglo en la casa y que nunca me había molestado en renovar y saqué una botella de cristal llena de leche de la nevera.

—¿Con leche de Avelino y mucha azúcar?

—¿Avelino sigue ordeñando a sus vacas?

—Claro. Cuando te fuiste solo tenía diez años más que nosotras, ¿sabes? Aunque su apariencia no diga lo mismo.

—No entiendo cómo te sigues acordando de cómo me tomo el café.

—Soy así —dije, encogiéndome de hombros.

Tras acercarle a Marinita su taza posé las palmas de mis manos en la mía, tratando de envolverla

con ellas, aprovechando el calor que irradiaba su superficie. Siempre me ha gustado permanecer así unos instantes antes de comenzar a beber, traspasando el calor de un lado a otro, siempre a donde hace más falta.

Mientras Marinita removía su café, yo pensaba en su extraña petición. No terminaba de entender mi reticencia ante aquel favor, que en realidad era completamente inocuo para todo el mundo. Una parte de mí pensaba que después me sentiría una impostora, que tendría la sensación de haber engañado a las personas con las que luego me cruzaría a diario, aquellas que sin duda se preguntarían por qué había accedido a ello yo, que siempre he sido tan *normal*, tan discreta, tan recatada. Sin embargo, antes de llegar a ser capaz de entenderlo, mi boca tomó una decisión por su propia cuenta, sin haber siquiera pedido permiso a la parte del cerebro que se encarga de dicha función:

—Lo haré.

—¿Qué? ¿Sí? —preguntó ella, más aturdida que contenta.

—Sí, creo que... sí.

—Oh, gracias, Teresa. Gracias. Gracias.

Marinita se levantó para abrazarme, pero no supo dónde dejar su taza de café, así que yo la abracé a ella, soltando la mía sobre la encimera. No tenía demasiadas ganas de hacerlo, no sabía por qué, pero pensé que era lo que debía hacer en aquel momento, sobre todo, para no enrarecer más aún

un ambiente que los años separadas habían vuelto tenso y viciado. Además, me pareció que aquello era lo que debía hacer profesionalmente, aunque aún no tenía experiencia como plañidera.

Ella pasó el resto de la tarde conmigo, siguiéndome como un patito a su mamá pata mientras yo hacía mis tareas diarias: recoger la casa, salir a por las cerezas con la escalera y el barreño en el que las echaba, atender a los clientes de aquel día en el baño grande, barrer el pelo posteriormente, preparar mermelada y cocinar cena para dos. Yo me había sentido obligada a invitarla a quedarse aquí pensando que ella lo rechazaría, puesto que Amparo ya la había acogido en su casa, pero contra todo pronóstico Marinita aceptó “por los viejos tiempos” y, de hecho, acudió enseguida a por su equipaje para dejarlo en la habitación que, durante nuestra infancia, había pertenecido a mi hermana Susana.

Mientras hacíamos todo aquello —o más bien mientras yo lo hacía y Marinita me seguía de cerca, tratando de ofrecerme pequeñas ayudas que acababan resultando más bien engorrosas—, ella me hablaba de su vida en la capital.

—¿Cómo está Antonio? —le pregunté yo, por compromiso, a pesar de que su novio —ahora marido— y yo nunca nos habíamos llevado bien.

Yo siempre sentí que fue él el que la empujó a marcharse, pues nunca había hablado de la capital y, cuando le conoció en la verbena de aquel año, se le llenó la cabeza de pájaros y la boca de planes

sobre comprar un apartamento en una zona céntrica, llevar a sus futuros hijos a colegios privados con innovadoras técnicas de enseñanza traídas del norte de Europa y comprar ropa en tiendas que cambiaban tantas veces de temporada que le permitirían renovar su armario un par de veces al año “si Antonio y yo conseguimos buenos trabajos”. Por su parte, Antonio profesaba una feroz aversión hacia mí, puesto que tenía la sensación de que yo empujaba a Marinita a quedarse, de que trataba de convencerla de que aquí tendría todo lo que podía desear, como lo habíamos tenido desde niñas, como lo habían tenido antes de nosotras nuestras madres y abuelas.

Durante nuestra adolescencia fue muy normal esta oposición de fuerzas que, en direcciones opuestas, tiraban con fuerza de los indecisos muchachos que querían marcharse. Normalmente la familia y los amigos tirábamos de un lado, y el amor y unas aspiraciones idealizadas lo hacían del otro, destrozando valiosas amistades o prometedoras relaciones románticas por el camino.

La verdad es que Antonio tenía razón: yo siempre intenté que Marinita no se fuera. Intenté que no se fueran ninguno de ellos, pero dio lo mismo. Me acabé quedando prácticamente sola, con la tristeza de las madres y la ira de Vicente —y de otros padres— al mismo tiempo, puesto que un cuerpo joven es capaz de aunar dentro de sí tales extremos.

Por la noche, mientras cenábamos con la televisión encendida para no sentirnos molestas con nuestro propio silencio, Marinita desapareció un instante de la sala, aprovechando para llevarse su plato vacío a la cocina, y apareció en la habitación de nuevo con una cartera granate de charol, de la que extrajo una serie de billetes algo arrugados, que seguramente hubiese guardado con prisa antes de salir de forma precipitada de su casa para no cambiar de opinión y acabar, en el último momento, anulando el viaje. Me los tendió con cierto pudor, como si estuviera comprando droga o contratando algún otro tipo de servicio ilícito. Al final los dejó en la mesa, sin llegar a depositarlos sobre mis manos; parecía que le quemasen o que estuviesen envenenados.

Eran cien euros en billetes de veinte.

“Los habrá pedido así en el cajero dudando sobre cuánto pagarme”, pensé, aunque cuando hube comprobado la cantidad la sentí exorbitante, exagerada, casi obscena para el trabajo que se me pedía.

—¿Te parece...? ¿Te parece suficiente?

Miré los billetes perpleja, sin responder, durante unos segundos.

—Sí... Supongo que sí. No lo sé, no he hecho esto nunca. Creo que está bien, vale —respondí, titubeante. Una parte de mí insistía en que era demasiado dinero, pero la otra se intentó convencer de que aquello eran “excentricidades de la gente de la ciudad” y de que ellos con sus dos trabajos se lo podrían permitir, mientras que yo costeaba sola los

gastos de mi vieja casa, los estragos de las tormentas en mis árboles y el mantenimiento de mi viejo coche heredado. Me fui reconfortando a mí misma, considerando aquello un acto de justicia ancestral, el mundo reordenándose ante las injusticias que yo pensaba que Marinita había obrado contra nosotros, y cuando cogí los billetes de la mesa por fin sentí casi como si se tratase de una deuda que llevaba décadas esperando recibir pacientemente.

“Empezaré a ahorrar para arreglar el coche, eso será lo primero” pensé, tratando de mantener los pies en la tierra, mientras alisaba los billetes con mis dedos largos y finos, de alambre, para posteriormente dejarlos sobre el mantel lleno de migas de pan, perfectamente colocados. Marinita se había marchado durante demasiado tiempo como para que yo me sintiera tranquila sacando delante de ella el cofre antiguo de mi abuela en el que guardaba mis ahorros, con esa sabiduría arcaica y seguramente absurda que me llevaba a desconfiar de los bancos.

Vivir sola te hace cada vez más desconfiada, especialmente siendo mujer.

A la mañana siguiente desayunamos café, nuevamente en silencio, vestidas ya con nuestra ropa negra, pues en el pueblo la tradición del luto todavía se seguía respetando. El pelo caía de la forma más sencilla y lánguida posible sobre nuestros hombros y la cara lavada, sin un atisbo de maquillaje, en el caso de Marinita por el sopor y la pereza, y

en el mío porque sabía que, quisiera o no, aquella mañana lloraría.

—¿Estás lista? —me preguntó Marinita, tras ver cómo apuraba hasta el fondo el café de mi taza.

—Lista —contesté, con un involuntario suspiro.

En mi minúsculo bolso negro —un recuerdo ya algo destartado de las verbenas de juventud en el pueblo— llevaba únicamente las llaves de casa y un paquete de pañuelos. No necesitaba nada más para mi nuevo empleo.

Aquella tibia mañana, demasiado fría para el mes de junio, lloré por primera vez desde la muerte de mis padres ante todas aquellas personas a las que consideraba mi única familia. Ante Anselmo, el recio cura que seguramente nos enterraría a todos; ante Amparo y Cris, que no se sentían del todo cómodas con el cambio que el paso del tiempo había operado en Marinita; ante Ernesto, que acudía un día sí y otro no a que le recortase la barba en el baño de mi casa; ante Olivia, Albertina, Luisa y todos los demás. Lloré y una vez empecé me di cuenta de que no podía detenerme. Sentía cómo los músculos de la cara se me contraían de forma involuntaria, incluso luchando con mis esfuerzos de controlarme, de no resultar exagerada ni perder la potestad sobre mis propias emociones. No obstante, las lágrimas salieron de mis ojos como si alguien hubiera liberado un conducto obstruido. Lloré por todos los funerales a los que había asistido siendo incapaz de derramar ni una sola lágrima, por mis

padres una vez más, por el hecho de no haberme casado, por todos aquellos que se marcharon independientemente de si habían vuelto a visitarnos o no, por lo lejos que se encontraban mis hermanos, por mi vientre, que nunca había albergado hijos y ahora ya estaba demasiado seco y envejecido para ello. Lloré tanto que se me deshinchó el pecho, y me di cuenta al acabar de que, a pesar de mi reticencia inicial, me sentía renovada, renacida, llena de una fuerza extraña que proporcionaba calor a mi corazón y luz a mi figura.

Sentí que me desembarazaba de todo aquello que me oprimía sin saberlo, que pensar ante el cuerpo inerte de Vicente en los dolores que mi rutina agotadora mantenía habitualmente alejados de mí me convirtió en una persona nueva, más liviana, capaz de caminar sin pisar el suelo y de acariciar algo sin tener que llegar a tocarlo. Me convertí en la última plañidera, y me alimenté con satisfacción de la ternura que desperté en todos mis vecinos y en Marinita pues, a pesar de que sabían que me habían pagado por aquellos servicios, se conmovieron al ver cómo me deshacía por fin de tanta congoja, de tanto miedo y de tanta pena. Me conocían tan bien que sintieron mi catarsis como si esta hubiese tenido una manifestación visual clara y evidente —y así fue, en realidad, en mi postura, la relajación de los músculos y la mirada—.

Al ser consciente de ser la última plañidera me sentí excitada como si acabara de superar un ritual

de iniciación, mejor aún que la primera comunión, que la primera relación sexual, que la primera barba que recorté a la perfección en la peluquería. Sentía que me había hecho más humana, de pronto, aunque no sabía en qué momento me había convertido en otra cosa, en un ser de otra especie plegada hacia dentro, reprimida. Había exteriorizado por primera vez en décadas todo lo que sentía delante del pueblo entero, y a partir de aquel momento, aunque el salvoconducto fuera el dolor de otros o incluso el ganarme el sueldo, ya nunca dejaría de hacerlo.